

## CAPITULO VIII.

## Los dos viajeros.



OLON partió precedido de su guía, que era un aldeano de las cercanías del convento, muy diestro en los caminos, muy honrado y en extremo religioso.

La historia ha conservado su nombre.

Llamábase Matías Sampayo, y al elegirle el superior para que guiase á su huésped y protegido, lo habia hecho más que nada, porque sabia hasta qué punto sentiria el cariñoso padre separarse de su hijo, hasta qué punto se entristeceria su espíritu en los primeros momentos de aquella ausencia, que debia prolongarse algun tiempo, y confiaba en que Matías, hombre decidor y de buen génio, distraeria al extranjero durante las largas horas de su viaje.

—Vas á guiar, le dijo, á un sabio, á un hombre que está llamado á dar días de gloria á España.

Esto bastó para que el aldeano contemplase con veneracion desde el primer momento al protegido de fraý Juan Perez de Marchena.

La corte se hallaba á la sazón en Córdoba.

Fernando é Isabel, que con su union habian realizado un pensamiento eminentemente político, que habian echado los cimientos de la monarquía española, hallábanse ocupados en organizar y constituir, por decirlo así, el nuevo reino que habian fundido con los reinos y principados en que ántes se dividia la nacion Ibérica.

¡Triste época era aquella!

Pero dejaba adivinar el porvenir risueño que estaba reservado á la nacion.

Reunidas las coronas de Castilla y Aragon, no solo tenian que luchar los nuevos soberanos contra los mahometanos, que aún ocupaban, protegidos por las escarpadas sierras, algunas ciudades de Andalucía, sino contra la poderosa influencia de los nobles, que aspiraban á ser otros tantos reyezuelos; y habian logrado contrarestar la influencia del trono de tal manera, que el cetro augusto de San Fernando, sobre todo miéntras reinó Enrique IV, se presentaba humillado al pié de los castillos feudales, desde donde imponian su voluntad los nobles, no solo á los pecheros, sino á los príncipes y monarcas.

Profundamente poseidos Fernando é Isabel de la grandiosa mision que les habia confiado la Providencia, su único deseo era establecer un solo gobierno para toda la monarquía, plantear la unidad religiosa en todos sus ámbitos, y convertir los diferentes reinos en un solo y poderoso Estado.

Ya habian logrado tener á raya las ambiciones de los nobles; ya habían mermado la influencia y el poderío de los musulmanes, continuando la obra empezada por sus antepasados, y relegándolos de nuevo paso á paso hasta las comarcas más próximas al Africa, punto de donde habian salido aquellos aguerridos dominadores.

La corte estaba en Córdoba, y ya los reyes acariciaban el proyecto de dar la última batalla al islamismo, para arrojarle del reino de Granada y purgar á España de los hijos de Mahoma.

Tal era la situacion política y moral de España; tal el pensamiento de los reyes, á quienes más tarde calificó el Supremo Pontífice de *Católicos*, cuando Colon, ginete en una mu-

la regalona, y guiado por el bueno de Matías Sampayo, se encaminaba desde muy cerca de las orillas del Océano hácia las entrañas del antiguo y extenso reino de Andalucía.

Dos dias á lo ménos debia durar su expedicion.

Durante las primeras horas del viaje, Matías no hacia más que mirar al viajero, y aun cuando le miraba con intencion de dirigirle la palabra, le veia tan absorto en sus meditaciones, que no se atrevia á sacarle de ellas.

El dia estaba hermoso.

Era uno de esos dias templados que constituyen el dulcísimo clima de Andalucía.

La atmósfera estaba embalsamada con los perfumes que despedian las infinitas flores y arbustos, que á cada paso, y naturalmente, brotaban en aquellas tierras, trabajadas por el arado de los árabes y bendecidas por Dios, toda vez que despues de la reconquista, y cuando estaban abandonadas, por sí solas producian flores y frutos, como un homenaje al dulcísimo poder que las habia arrancado de las manos de sus bastardos poseedores, para devolverlas á aquellos á quienes en otro tiempo habian dado la vida.

Largo trecho anduvieron los dos caminantes sin pronunciar una sola palabra.

Ni la sed ni el hambre bastaron á sacar al viajero de su abstraccion.

Pero al caer la tarde, en esa hora sublime del crepúsculo, mucho más bella en el espacio que recorrian que en otro alguno, Colon detuvo su mula, y volviendo sus ojos hácia el Occidente, contempló con verdadero entusiasmo los últimos rayos que despedia el sol al alejarse de la superficie visible de la tierra.

—¡Ah! se dijo Colon. ¡Tú vas ahora, astro purísimo, á inundar con tu luz esos séres á quien nadie conoce y yo he

de descubrir; tú vas á vivificar con tu luz las ricas plantas, los dorados frutos que allí nacen, y Dios querrá algun dia que miéntras la noche tiende su velo en esta parte del mundo, donde tan desgraciado he sido, vea yo con la luz del dia el premio de mis afanes, la verdad que busco, que siento y que cuantos me escuchan desconocen!

Estas reflexiones solo las escuchó su corazon.

Pero Matías, viendo que se echaba la noche encima, y que aún estaban distantes de un meson ó posada en donde guarecerse de la intemperie:

—Perdone vuesa merced, dijo á Colon; pero ó yo me equivoco mucho, ó vuesa merced vuelve los ojos hácia atrás para ver si nos hemos dejado algun ventorrillo.

—Os engañais, mi querido Matías; no pensaba en eso.

—Bien, entónces eso es porque vuesa merced es un sabio, que yo muy bien me sé, porque á mi padre oí referir el caso, que hubo una vez un fraile de un convento, que se salió á buscar plantas para curar enfermos, y se estuvo tres dias por esos campos sin acordarse de nada, y tanto fué así, que al cabo de los tres dias dijo de pronto: “Me parece que ya es hora de ir al refectorio.” Y cuando fué, ya estaban todos atribulados buscándole. Eso si vuesa merced no lo lleva á mal, prueba que los sabios no se parecen en nada á nosotros. La sabiduría les alimenta; á nosotros las migas y el jamon.

Colon apénas le escuchaba.

—Conque si vuesa merced no dispone otra cosa, prosigamos la marcha, porque aún nos quedan dos buenas horas ántes de encontrar lecho y comida, y no es cosa de que nos coja la noche en ayunas y á la intemperie.

Colon obedeció.

Al cabo de una breve pausa:

—He oido decir, continuó el aldeano, que vuesa merced entienda mucho de astros.

—Algo entiendo, en efecto.

—Si no me hubiera hablado tan bien de vos el prior del convento de la Rábida, os tendria por brujo. Pero me ha asegurado que sois un buen cristiano, y si vuesa merced me lo permite, voy á hacerle una pregunta.

—Hablad, buen hombre, hablad lo que gustéis.

—Pues es el caso, señor y dueño mio, que aquí, donde vuesa merced me ve, yo tengo una mujer, lo que quiere decir que soy casado. De nuestro matrimonio nació, hará veinte años, una niña que, andando el tiempo, se hizo moza. Si la queriamos su madre y yo, vuesa merced puede comprenderlo; porque vuesa merced es padre y le he visto abrazar, con las lágrimas en los ojos, al pequeñuelo que quedó en el convento.

—Es verdad, dijo Colon, escuchando con más interes que hasta entónces al aldeano.

—Era mi hija tan frescota, tan guapa, tan así..... Vamos, que todos la querian bien en el pueblo, y ella no echaba nada de ménos. Pero un día llegó á la aldea una familia de gitanos..... ¡malditos condenados, nunca hubieran puesto allí el pié!

Se entraron por todas partes, ofreciendo decir la buena ventura á cada uno, y mi pobre Inés cayó en la tentacion de entregar su mano á una de aquellas endemoniadas mujeres.

Yo no sé lo que veria en las rayas de la palma de la mano; pero es lo cierto, segun supe despues, que le dijo muy claro: «Si ves que en la primera luna, cuando más llena esté, se oscurece de pronto, debes abandonar la aldea en donde vives y venirte con nosotros, que no andaremos léjos de estos pueblos, porque será señal de que estás llamada á ser una gran señora, y en ese caso nosotros te llevaremos adonde está la corte. Allí verás los príncipes, los nobles y las damas más ilustres, y no te faltará nada.»

—¿Y la jóven creyó?....

—¿Pues qué habia de hacer, señor, qué habia de hacer? Pocas noches despues se oscureció la luna, en efecto. Yo ya no me acordaba, ni su madre tampoco, de lo que la gitana habia dicho á Inesilla.

Al dia siguiente salió, como de costumbre, muy temprano á buscar agua al manantial que brota al pié del cerro de nuestro pueblo, y desde entónces no la hemos vuelto á ver.

Al decir esto, Matías pasó la parte superior del antebrazo sobre sus ojos, y el tosco lienzo que lo cubria se humedeció con sus lágrimas.

—¿Es decir, que os han robado á vuestra hija?

—No la hemos vuelto á ver ni viva ni muerta, y por eso preguntaba á vuesa merced, que entiende tanto de astros, si aquella luna fué... porque yo desde entónces, cuando hace luna, ni me atrevo á mirarla.

Los desgraciados oyen con interes los infortunios de otros, porque son los únicos capaces de comprenderlos.

Colon se interesó vivamente por Matías, y pronunció algunas palabras de consuelo.

—Por lo que juzgo, vuestra hija ha sido víctima de la supercheria de los gitanos. No desmayeis: tal vez podreis hallarla cuando más léjos de ella os figureis estar.

Sus palabras eran proféticas.

Pasaron la noche en un meson, y al dia siguiente continuaron la caminata.

Matías, más expansivo y decidior que el dia anterior, distrajo grandemente al ilustre geógrafo con la narracion de su vida y milagros, salpicada de muy sabrosos chascarrillos.

Matías Sampayo tenia, ademas de la pena de haber perdido á su hija, la de tener muy enferma á su mujer, y quedó tan encantado de la amabilidad con que le escuchó y le consoló Colon, que hubo un momento en el que le dijo:

—Mire vuesa merced, si alguna vez me quedo solo en el mundo, lo cual no será extraño, porque mi pobre Paula está ya con un pié en la sepultura, me echaré por el mundo á buscaros, y no pararé hasta que os encuentre, para ver si me quereis admitir como criado vuestro.

—Si tal sucede, que Dios no lo quiera, y yo vivo como hoy, de la caridad de mis bienhechores, no me busqueis, maese Matías, porque no podré ampararos y sufriré en extremo. Pero si mi suerte varía, si alguna vez me veis rico y dichoso, estad seguros, vos y vuestra mujer, de que hallareis en mí un amigo.

Al anochecer del segundo dia entraron en Córdoba por la puerta del Puente.

—¿Vuesa merced no tiene hospedaje en la ciudad? preguntó Matías á Colon.

—Vengo recomendado por el prior del convento de la Rábida á un eclesiástico muy su amigo; pero no es cosa de ir á verle á estas horas.

—En ese caso, yo conozco una posada donde podrá pasar vuesa merced algunos dias muy bien cuidado por muy poco dinero.

—Vamos allá.

Matías guió á Colon por las tortuosas y todavía moriscas calles de Córdoba, que formaban un verdadero laberinto, y en una muy estrecha, á espaldas de la mezquita que la piedad de los reyes habia convertido en suntuosa catedral, divisó el viajero genovés sobre el balcon de madera que habia encima de la puerta de la entrada de la casa un ramo de sabinas.

Era la muestra.

Aquella era la posada más acreditada en Córdoba, la posada conocida con el nombre de *Posada del Santero*.

—El dueño de esta posada, dijo Matías á Colon, ha sido

durante muchos años santero en las inmediaciones de Sierra Morena; pero poco despues de la conquista se estableció aquí, y casi todos los que vienen á pretender, mientras está la corte en Córdoba, se hospedan en su casa.

—¿Es decir que sostiene á los desengañados?

—¿Qué cosas tiene vuesa merced!

—De todos modos, entremos à hospedarnos en su casa.

No bien se detuvo la mula que montaba Colon, asomó á la puerta de la casa un hombre de mediana estatura, bastante obeso y de nariz muy colorada.

—¡Maese Repulgo! dijo Matías, dirigiéndose al posadero.

—¿Ucé por aquí, señor Matías? Bien venido sea.

—¿Habrá hospedaje para mí señor?

—Aun cuando no lo hubiera, yo sabria buscarlo para él.

—Gracias, amigo mio, dijo Colon, que acababa de aparecerse; pero no os figureis que se os entra por las puertas un potentado. No soy ni más ni ménos que un pobre pretendiente de los que estais acostumbrado á hospedar en vuestra casa.

—Si paga bien, como creo que pagará vuesa merced, no hay mejores huéspedes que los pretendientes: son los que más tiempo paran en la posada.

—Mi dueño y señor, añadió Matías, viene recomendado á la corte de parte del prior de Santa María de la Rábida. Ya sabeis....

—¡Y tanto como sé! ¡Ha sido confesor de la reina! ¡Es un santo varon!

—Pues es preciso que le trateis á cuerpo de rey.

—Ya sabe ucé, señor Matías, que no acostumbro á dar gato por liebre, y que aunque soy muy cristiano, no bautizo nunca lo añejo.

Y dirigiéndose à Colon:

—Vuesa merced venga á escoger el cuarto que ha de darle hospedaje.

Y guiando á Colon en tanto que Matías llevaba la mula á la cuadra, le hizo subir por una escalera bastante estrecha, de tosca madera y poco ménos que suspendida en el aire, por la cual pudo llegar al piso de arriba y entrar en una habitacion con vistas al Poniente.

Daba la única ventana de aquel cuarto á la Vega de Córdoba.

Aunque empezaba á anochecer, pudo ver extenderse, á través de la verde yerba, formando una cinta de plata, al majestuoso Guadalquivir, y elevando los ojos, halló de nuevo más hermosas que nunca las tintas del crepúsculo, que el dia anterior le habian hecho volver los ojos y detenerse en medio del camino.

—Si es esta la habitacion que me destinais, dijo á maese Repulgo, contento de ella estoy.

—Pues esta es, y aquí os quedareis miéntras mando que os dispongan una abundante cena.

—No solo para mí, sino para mi guía.

—Eso desde luego; y que el señor Matías tiene buen diente y es capaz de comerse de un bocado un tasajo de jabalí.

¿Por supuesto, que vuesa merced cenará en el hogar con los demas huéspedes?

—Como gustéis.

—Voy, voy á prevenir....

Colon se quedó solo, y asomándose á la ventana, permaneció algunos instantes contemplando el bellissimo paisaje que se desarrollaba ante sus ojos.

Hacia la derecha sobresalía de la línea de las casas parte de un edificio formando un cuadrilátero, con todos los primores de la arquitectura árabe.

Una ventana ojival permitió á Colon descubrir á través de los vidrios de colores un riquísimo gabinete, adornado al estilo oriental, y la sombra de una mujer cuyos contornos le parecieron encantadores.

Cuando maese Repulgo subió á anunciarle que la cena estaba dispuesta:

—¿Quién vive en esa casa? preguntó el huésped al posadero.

—En esa casa vive doña Beatriz Enriquez de Córdoba, una de las damas más queridas de la reina y más ilustres de la corte.

Desde aquel momento no pudo ménos de pensar el ilustre viajero en aquella mujer que vivía á su lado.

¿Presentia el porvenir?

¿Adivinó en aquel instante que más tarde debian unirle con ella lazos estrechos?

No es ahora la ocasion de responder á estas preguntas.

El tiempo no tardará en contestarlas.

Baste saber á nuestros lectores que aquella mujer tenia en su alma el porvenir de Cristóbal Colon.